

Isabel de la Mancha

Una semana antes, el día de Navidad del año mil setecientos cincuenta, Isabel de Casilda, una joven de quince años, tímida e introvertida había descubierto la nueva mansión comprada por sus padres : los ricos condes de Casilda.

Era un magnífico edificio del inicio del siglo, situado en el centro de Madrid. Su fachada era constituida de piedras blancas que reflejaban la luz y de columnas de mármol. Penetró en el la entrada del edificio, era majestuosa con sus motivos de estuco esculpido y sus querubines dorados con pan de oro. Luego, partió al descubrimiento de la otras partes de la mansión. Durante su caminata, Isabel descubrió una suntuosa biblioteca que contenía una multitud de libros lujosos y pergaminos preciosos. En medio de estos tesoros, un libro al aspecto más simple que los otros atrajo su atención. Estaba la novela Don Quijote de la Mancha escrita por Miguel de Cervantes Saavedra al inicio del siglo precedente. Isabel tomó la novela y empezó a leer.

Desde las primeras páginas, se apasionó por la historia de este noble que mezclaba una obsesión de los libros de caballería y una locura creciente a causa de su colección de libros. Estaba sumergido en el libro y cada vez que dejaba de leer, reanudaba la lectura para conocer la continuación de la historia.

Un día estaba leyendo el libro y vio las primeras páginas volver a ser blancas, una a una. La tinta parecía evaporarse. Súbitamente, todo se interrumpió y las letras, las palabras, las frases recuperaron su lugar. El día siguiente, las letras de tinta desaparecieron de nuevo antes de reaparecer. Cada día, todo se repitió, pero cada vez era más rápido, y más de páginas. Con el tiempo, se acostumbraba. Para Isabel se transformaba en un hábito.

Un día como los otros, no fue solamente las primeras paginas pero todo el texto. Toda la tinta había desaparecido, dejando un libro de páginas en blanco sin palabras. Isabel perdió de nuevo sus costumbres. De nuevo estaba perdida en medio de esta tinta invisible. Pero unas minutos después, como para tranquilizarla, las letras recuperaron su lugar. Isabel no sabía qué pensar, era tan ilógico.

Pensó que había seguramente una explicación racional y después de una noche en vela, se le ocurrió una idea.

La mañana siguiente, cuando las páginas eran blancas, Isabel tomó el libro y puso una página por encima de la flama en movimiento de una vela. Delante de sus ojos, un texto dorado se estaba escribiendo. Era su caligrafía, pequeña y viva. En este nuevo texto, Isabel podía leer su propia historia, todo lo que había pasado desde el momento en que había abierto el libro por primera vez.

Unos días después, leyó la continuación de la historia, lo que no había pasado todavía. Ella podía leer la continuación hipotética de su vida.

Isabel de Casilda leyó que su historia escrita en el libro desaparecería el día siguiente, que Don Quijote de la Mancha volvería a su lugar. Que su historia a ella no existirá.

El día después, Isabel no se despertó. Su historia había desaparecido, y ella también. Al igual que la tinta dorada, Isabel se había evaporada.

Todavía, en la biblioteca, el libro de Don Quijote parecía con su presencia desafiar la gente.

Ornélia Gravez